

un palmo de terreno en Asia ni en Africa. De ahí sus ensayos de fuerza. La anexión de Bosnia y Herzegovina á Austria fué obra de Alemania para humillar á Rusia. El golpe de Agadir en 1911 fué un tanteamiento del terreno, un poner á prueba la inteligencia de Francia é Inglaterra. La guerra de 1914 es un acto de desesperación en que Alemania pide á sus soldados el poder que no lograron sus diplomáticos.

Su último fracaso diplomático ha sido ése: el no haber podido evitar la intervención de Inglaterra. De haberlo conseguido, acaso hubiera triunfado de Rusia y Francia, y su supremacía hubiera sido absoluta en el Continente europeo. Después de esto hubiera podido dedicarse durante unos años á aumentar su escuadra para disputar entonces la supremacía naval á Inglaterra. La intervención de ésta no sólo ha hecho, más que difícil, imposible la supremacía, sino que ha expuesto á Alemania á ver reducido su poder terrestre y naval al rango de una potencia de segundo orden.

Comprendemos la excitación del canciller, el cual — dice el embajador inglés — “estaba tan evidentemente rendido por la noticia de nuestra acción y tan poco dispuesto á oír razones, que me abstuve de añadir con nuevos argumentos combustible á la llama”. También se explica el gesto de cólera del emperador al devolver al representante británico los títulos de mariscal de campo y de almirante que Inglaterra le había otorgado en épocas anteriores.

IX

La intervención de Inglaterra.

El Gobierno alemán ha ideado un medio de tenernos al corriente de sus opiniones sobre la guerra. Las estaciones de telegrafía sin hilos lanzan por los aires mensajes que recogen las estaciones situadas en países enemigos. La Compañía Marconi, de Londres, recibe á diario algunos de estos despachos, en que los gobernantes alemanes se quejan de la perfidia de sus enemigos, á los cuales esperan vencer con la ayuda de Dios...

Uno de esos despachos fué una declaración del canciller del Imperio. En él se lamentaba de la intervención de Inglaterra, “á pesar del parentesco de sangre y de obra espiritual y cultural que existe entre ambos países”. El canciller alemán culpaba á Rusia, “cuya insaciabilidad y bárbara insolencia han determinado esta guerra”; Alemania, “nuestra raza eterna, se ha levantado en una lucha por la libertad, como en 1813”, contra una “barbarie semi-

asiática y ligeramente civilizada". El mensaje terminaba pidiendo las simpatías de los Estados Unidos.

No puede negarse habilidad al canciller del Imperio germano. Presenta á su ejército como á un paladín de la libertad frente á Rusia. A su juicio, el fondo de esta guerra es una lucha entre la civilización asiática representada por el Imperio moscovita, y la civilización europea, que encarna el Imperio alemán. Cosa singular. Muchos radicales y socialistas ingleses coinciden en esto con Bethmann Hollweg. Se opusieron á la intervención de Inglaterra fundándose en que ello significaría á la larga el fortalecimiento de Rusia y el aumento de su poder en el consejo de las potencias europeas. Esto es verdad. El triunfo de ingleses, franceses y rusos, con el debilitamiento consiguiente de Alemania, daría á Rusia una influencia temible. Pero, ¿habría de ser esto inminente? ¿Nos amenazaría la barbarie rusa al mismo día siguiente de la victoria? De ningún modo. El peligro ruso, si existe, es un peligro potencial, lejano. Por muy rápidamente que se desarrolle la nación rusa, tardará muchos años en disponer de riqueza y fuerza naval y terrestre suficientes para invadir el resto de Europa. El peligro es demasiado remoto para que regulemos nuestras acciones presentes por su posibilidad.

De esto se olvidan los predicadores del peligro ruso. Y también de otra cosa se olvidan: del peligro alemán. La actitud de Alemania concentrando todas sus fuerzas en la frontera rusa para impedir que los cosacos entraran en su territorio y devastaran sus universidades, sus bibliotecas, sus laborato-

rios y sus libertades mismas, nos hubiera parecido simpática, y entonces hubiéramos dado crédito á las palabras del canciller. Pero Alemania dejó casi desguarnecida su frontera rusa, y arrojó más de un millón de hombres en dirección á París. ¿Es este el modo de luchar por la libertad contra un pueblo asiático? Sí; ya sabemos lo que á esto nos replica el Gobierno alemán: que siendo Francia aliada de Rusia, era preciso tomar antes París para detener el avance de los cosacos. La explicación nos parece demasiado burda para comentarla siquiera.

No; la intención de Alemania se va haciendo más clara cada día que pasa. Por una parte quería asentar un golpe de muerte al espíritu democrático de Francia, probablemente por creerle la fuente de origen del movimiento democrático que estaba en Alemania en proceso de formación. Por otra, quería asentarse en las costas de Bélgica y acaso también de Holanda y Dinamarca para amenazar á Inglaterra, otro pueblo democrático, cuya influencia política estaba siendo funesta para la autocracia germana. La guerra se hubiera evitado de haberlo querido Alemania. Pudo haber hecho presión sobre la desafortunada insidencia de Austria. Pudo haber aceptado la invitación de Edward Grey á celebrar una conferencia de embajadores, en vez de rechazarla desdeñosamente. Fué á la guerra con toda deliberación, mofándose de los que le ofrecían la paz, con un plan de campaña lenta y minuciosamente preparado, con un propósito perverso y audazmente concebido.

En esta situación, ¿qué podía hacer Inglaterra? Alemania, mala calculadora en esto, contaba con su

neutralidad. Viéndolo después difícil, llegó á ofrecer como prenda de estupenda generosidad no bombardear la costa del Noroeste de Francia si Inglaterra permanecía neutral. También prometió á los belgas respetar la integridad de su territorio si la permitía pasar sus tropas para caer como un alud sobre Francia, y, en caso contrario, declararla la guerra. Inglaterra no quiso vender su neutralidad por tan poco precio, y al ver hollada la neutralidad de Bélgica, resolvió declarar la guerra á Alemania, después de la memorable sesión del 3 de Agosto en el Parlamento.

Muchos han creído ver un pretexto por parte de Inglaterra en la violación de la neutralidad belga. Pero ello era cuestión de vida ó de muerte para Inglaterra, no sólo para su existencia y supremacía, sino—lo que vale más—para el espíritu de libertad con que está guiando al mundo. La derrota de Francia y la anexión de Bélgica—y acaso la de Holanda y Dinamarca—significaría la supremacía indiscutible de Alemania. Yo comprendo que los ingleses más conservadores, los que aspiran á conservar su poder histórico, á mantener el principio de la fuerza por la fuerza, temblaran ante la idea del triunfo de Alemania y se apresuraran á declarar la guerra. Lo que no comprendo es que algunos liberales pidieran la abstención de Inglaterra en un momento en que se jugaba, no sólo su preponderancia, lo cual importaría poco si fuera una preponderancia al servicio del despotismo, sino el sentido de libertad que está dando al mundo, y que ha hecho de ella políticamente la más grande de las naciones modernas.

Todas las potencias tienen su parte de responsabilidad en esta desatentada política de armamentos que ha culminado en esta gran catástrofe; pero Alemania ha sido, sin duda, su espuela más aguda y el obstáculo más grande á toda tentativa de limitación. Inglaterra ha ofrecido varias veces á Alemania una base de arreglo, y Alemania ha rechazado siempre toda fórmula. Podemos decir con entera imparcialidad y concienzudo conocimiento de causa: Alemania ha sido la creadora principal de esta caótica política de armamentos tan trágicamente coronada. Y si el progreso social del mundo entero ha sufrido tanto porque Alemania se estaba preparando para la supremacía europea, pensemos con horror en lo que significaría su triunfo para las libertades públicas de Europa.

En la intervención de Inglaterra van vinculados los intereses conservadores de los que sólo piensan en su supremacía material, con los intereses ideales de los que tienen clara conciencia de que el poder británico cumple también fines de libertad, de democracia. Sería un lugar común repetir las frases de condenación que merece un hecho tan monstruoso, tan desnaturalizado como el que aflige á Europa. Ya no queda otro remedio que desear y buscar el mal menor. La intervención de Inglaterra puede traernos el mal menor, acelerando el término de la lucha y coronándola con el triunfo de la democracia sobre la autocracia.

X

Inglaterra y los Tratados.

Ha habido y hay escépticos que han dudado de la buena fe de Inglaterra al declarar que el motivo central de su guerra con Alemania ha sido la violación cometida por ésta sobre la neutralidad de Bélgica. Muchos creen que la violación de la neutralidad belga hubiera dejado indiferente á Inglaterra en otra ocasión ó respecto de otra potencia que no hubiera sido Alemania. El mismo canciller alemán, en una comunicación que hizo á la prensa danesa, se preguntababa: "¿Cree alguien que Inglaterra hubiera intervenido para proteger la libertad belga contra Francia?"

En esa pregunta está encerrado todo el problema de la moralidad británica en sus compromisos internacionales. Inglaterra ha contestado cumplidamente á la pregunta insidiosa de Bethman Hollweg, canciller del imperio alemán. En efecto, Inglaterra hubiese defendido la neutralidad de Bélgica aun

en el caso de haberla violado Francia. Es ya un incontestable hecho histórico que el Gobierno inglés preguntó simultáneamente á Francia y Alemania si respetarían el tratado de 1839, que garantiza la independencia y neutralidad de Bélgica. Francia respondió afirmativamente y Alemania no quiso dar contestación categórica, para no revelar sus planes de campaña. Por añadidura, Francia había ratificado los compromisos escritos en el Tratado de 1839, en una reciente conversación que tuvo Poincaré con el rey Alberto. El respeto de Francia por la neutralidad de Bélgica cae fuera de toda duda, y la actitud de Inglaterra en el caso de que Francia la hubiera violado era también inequívoca.

Sería pueril suponer que Inglaterra es un buen ángel de la guarda que nunca ha cometido ningún desafuero internacional. ¿Quién puede en esto arrojar la primera piedra? Pero Inglaterra es una democracia avanzada, donde los gobernantes profesan un profundo respeto á las leyes establecidas, nacionales ó internacionales, y donde el pueblo nunca pasa en silencio cualquier infracción legal cometida por sus gobernantes. Otro cargo lanzado contra Inglaterra al presentarse como defensora de las pequeñas nacionalidades, es la guerra boer, de tan reciente memoria. El cargo es justo, pero no debe olvidarse que entonces hubo un gran número de ingleses contrarios á la guerra, y posteriormente la Gran Bretaña ha corregido de tal suerte sus pecados de entonces, que el general Botha, uno de los enemigos más encarnizados de Inglaterra en aquella época, y presidente del Consejo de Ministros de la Unión Subafricana en la actualidad, ha asumido

el mando supremo de las fuerzas sudafricanas contra Alemania en esa parte del mundo.

Esto conviene tener en cuenta: Inglaterra está obligada, por su régimen político, á ser más respetuosa que ninguna otra nación con los compromisos internacionales. Los que se sorprenden de su intervención para defender á Bélgica, deben ser gentes olvidadizas ó poco versadas en historia. Precisamente la actitud de Inglaterra ahora ha sido la misma que en 1870, cuando la guerra franco-prusiana. Bismarck, lejos de violar la neutralidad belga como sus sucesores, se valió de una artimaña para infundir nuevo vigor al Tratado de 1839. Entonces fué cuando hizo pública una supuesta proposición que, según él, le presentó en 1866 el embajador francés Benedetti, según la cual Prusia debía ayudar á Francia á apoderarse de Bélgica, como compensación de las anexiones de Prusia en el Norte de Alemania. Esto movió á Inglaterra á desempolvar el Tratado de 1839, y, por iniciativa de lord Granville, Alemania y Francia concertaron, en Agosto de 1870, un nuevo Tratado con Inglaterra, según el cual, si uno de los beligerantes violaba el territorio belga, Inglaterra se comprometía á colaborar con el otro en su defensa. Tan rígidamente se respetó este Tratado, que habiendo pedido el Gobierno alemán permiso al belga para transportar sus heridos á través de su territorio, Bélgica tuvo que negárselo en vista de la protesta de Francia. Inglaterra y Francia eran las mismas en 1870 que en 1914. Sólo Alemania no era la misma. Entonces la gobernaba un hombre que era superior á sus sucesores, ó bien en respeto á las leyes internacio-

nales, ó bien en intuición para ver que el quebrantamiento de una de estas leyes, la de la neutralidad belga, provocaría una guerra con los ingleses.

Si nos remontamos en la historia británica, no nos será difícil hallar ejemplos de conducta semejantes á su actual defensa de Bélgica. En 1803 Inglaterra defendió la independencia de Holanda, que Francia y Austria se habían comprometido á mantener en un Tratado de 1801 y que Napoleón se abstuvo de respetar. Otro tanto ocurrió con Suiza.

Poco antes, en 1792, Inglaterra se enzarzó en un conflicto con Francia, en estado revolucionario entonces, por defender un Tratado relativo á la navegación del Escalda. Los franceses quisieron universalizar la subversión de toda ley. "Nuestras razones—decían—son que el río nace en Francia y que una nación que ha conquistado su libertad no puede reconocer un sistema de feudalismo y mucho menos adherirse á él." A esto respondía William Pitt con las siguientes discretas palabras, que ya entonces expresan el respeto de Inglaterra por los compromisos internacionales: "Respecto del Escalda, Francia no tiene derecho á anular estipulaciones existentes, á menos que también tenga el derecho de dar de lado igualmente á los otros Tratados entre todas las potencias de Europa y á todos los otros derechos de Inglaterra y sus aliadas. Inglaterra no consentirá jamás á Francia que se arrogue la facultad de anular á su placer y bajo la pretensión de un supuesto derecho natural, del cual ella se hace juez único, el sistema político de Europa, establecido por solemnes Tratados y garantizado por el consentimiento de todas las potencias."

La evolución ó subversión de una ó varias leyes es un derecho legítimo cuando se trata de leyes impuestas á los individuos ó á los pueblos contra su voluntad. Pero si se establece una ley ó Tratado por convenio mutuo, libremente, sus violadores son también revolucionarios, pero no de la causa de la libertad. Entonces la libertad cae del lado de los que luchan contra los revolucionarios, como Inglaterra contra Alemania actualmente. Inglaterra es en toda su historia, fuera y dentro de sus fronteras, la nación de la ley y de la libertad.